ALBERTO ZAMBONI, *La etimología*. Traducción de Pilar García Mouton. Madrid, Gredos, 1988; 319 pp. (Biblioteca Románica Hispánica, Col. Estudios y ensayos, Nº 358).

Como bien señala el mismo Alberto Zamboni, la etimología como disciplina no ha solido ser un tema al que se le dediquen libros enteros (ni cursos universitarios), ni se encuentran hoy en día exposiciones globales de sus principios, sus métodos o sus contribuciones al conocimiento lingüístico. La etimología, más bien, "se hace" y en los textos de sus hacedores acerca de historia de las palabras, o de familias de palabras, o aun de paradigmas léxicos de mayor formalización, es donde hay que ir a buscar esos principios y esos métodos, con la consiguiente dificultad, para el no especialista, de que la doble complejidad de los textos le oscurezca su comprensión y la ponderación misma de las soluciones etimológicas argumentadas en ellos. Sólo porque Zamboni ha logrado, con este libro, superar esa dificultad y ofrecer, en particular a los estudiantes universitarios, una exposición completa, suficientemente clara, teóricamente aleccionadora e inspiradora, y empíricamente cautivadora, hay que felicitarlo y felicitar también a la Editorial Gredos, que tuvo el tino de elegirlo para su Biblioteca Románica Hispánica. Tal felicitación no ha de encubrir, sin embargo, la penuria de la bibliografía originalmente escrita en nuestra lengua, que también en materia de etimología se ve atrás de lo que uno puede leer en francés, en alemán, en italiano o en inglés.

La etimología de Alberto Zamboni consta de siete capítulos, acompañados de una introducción, una conclusión, una bibliografía y un índice de los étimos tratados en la obra. En la introducción, muy breve, explica las varias definiciones que se han dado de la etimología a lo largo de la historia y apunta la dirección en la que, a su juicio, habrá de moverse esta ciencia en el futuro. En el primer capítulo, tan breve como la introducción, trata la historia y el significado de la palabra *etimología*. El segundo capítulo se ocupa de la investigación etimológica desde la antigüedad (indios, árabes, griegos, romanos) y la Edad Media¹ hasta principios del siglo XIX. El tercero —y más lar-

¹ Destaca, por ejemplo, cómo es la idea de una historicidad de la lengua lo que distingue la Antigüedad de la Modernidad. Apunta el sentido de la etimología entre los latinos como búsqueda de un valor intrínseco de las palabras y recuerda cómo tal concepto de la etimología ha pasado,

go— desarrolla los problemas y los métodos de la etimología moderna. El cuarto se dedica a la etimología popular. El quinto expone las corrientes y los problemas de método de la etimología contemporánea (desde Schuchardt y Spitzer hasta von Wartburg, Baldinger, Guiraud y Malkiel²), seguido de los intentos formalizadores que ha inspirado la corriente generativo-transformacional³. En el sexto refiere a “otras perspectivas teóricas”, donde reúne el papel que ha tenido la etimología en el pensamiento filosófico (naturalmente coronado por Heidegger) y poético (Croce no podía faltar, pero también está Jakobson) con las aportaciones que le ofrecen la sociología del lenguaje (en realidad, difícilmente se puede hablar aquí de “sociolingüística” y “etnolingüística”) y el estudio del fonosimbolismo, para terminarlo con un breve tratamiento de los “universales etimológicos”. El séptimo capítulo habla brevemente de los diccionarios etimológicos, más en cuanto clase que como estudio crítico de algunos diccionarios concretos. Siguen una brevísimas conclusión y —como señalaba antes— una bibliografía y un útil índice de los étimos tratados en el cuerpo de la obra.

por medio de las doctrinas jurídicas romanas, al etimologismo característico de los tratados contemporáneos de derecho. Subraya la idea de Curtius de que la etimología fue, para la Edad Media, más una *Denkform* de su generalizada actitud alegórica. Resalta, por último, cómo fue durante el Humanismo cuando comenzó a operarse el cambio, de la búsqueda o el interés por el “verdadero” significado de las palabras, hacia la investigación de las relaciones de derivación entre formas anteriores y posteriores de un signo en alguna lengua determinada.

² No resulta posible, sobre la base de los comentarios de Zamboni, identificar a plenitud y valorar adecuadamente las aportaciones de etimólogos contemporáneos como Wartburg, Guiraud, Malkiel o Baldinger. Las contribuciones teóricas de cada uno de ellos campean por todo el libro, tanto explícitamente referidas, como implícitamente citadas en muchos de los ejemplos ofrecidos, pero no se puede llegar a la conclusión de que se den a conocer suficientemente sus criterios ni las ricas discusiones que suelen producirse entre ellos.

³ Hay que distinguir entre esos intentos formalizadores los que sólo suponen una complicada simbolización del conocimiento etimológico, pues “no se trata de principios inductivamente fecundos, carecen de una auténtica metodología interna [...] lo que equivale a decir que, en el plano epistemológico, no renuevan nada, o casi nada” (p. 200), de los que, basados en la corriente chomskyana, buscan establecer “interfórmulas” de relación entre lenguas diversas, independientemente de que haya lugar a considerarlas históricamente cercanas, con lo que parecen enfocados “a la consecución de un comparatismo metacrónico en que *el tiempo no tiene dirección y no hay porvenir*” (p. 202).

La tesis central del libro consiste en proponer la etimología como una disciplina lingüística de carácter histórico (y no filológico, como correspondería a la etimología de la antigüedad, preocupada por descubrir el "verdadero" significado originario de las palabras), que ha asumido los conocimientos y los planteamientos de sistematicidad característicos de la lingüística moderna y que tiene por objeto reconstruir los procesos de evolución que se han dado a lo largo de la historia en el interior de los sistemas lingüísticos, pero también en relación con los procesos sociales y culturales en que se desenvuelve la existencia real de las lenguas. Tal tesis se sustenta en una revisión muy rica y sugerente de la historia de los estudios etimológicos y de la manera en que fueron concebidos desde la antigüedad hasta la época moderna (las 37 apretadas páginas del segundo capítulo), y en una compleja exposición de los problemas y los métodos que ha desarrollado la etimología moderna (dos densos capítulos, el tercero y el quinto, que suman cerca de 125 páginas). Junto con ellos, y para completarlos —lo cual representa una justa ponderación de su importancia— trata también la llamada "etimología popular" o "paretimología" en el cuarto capítulo, y los fenómenos de fonosimbolismo, onomatopeya y etimología elemental (dentro del capítulo sexto, dedicado a "otras perspectivas teóricas").

Según Zamboni, la etimología contemporánea se basa en dos conceptos centrales: el del cambio lingüístico, ricamente desarrollado desde los *Junggrammatiker* hasta las últimas contribuciones del estructuralismo (Martinet, Coseriu), y el de la naturaleza del signo lingüístico, comprendida desde Saussure pero matizada por Wartburg, Baldinger y Malkiel. De hecho toda la historia moderna de la lingüística se integra en la concepción de Zamboni. Valora las "leyes fonéticas" por su contenido "inegablemente empírico" y heurístico, a las que considera como principios "de la regularidad de un cambio dado [,] no admitiendo, por tanto, excepciones, a no ser de acuerdo con otras leyes o tendencias generales" (p. 123), por lo que "su importancia reside en el hecho de que constituye[n] claves para descubrir y describir de manera exacta y exhaustiva las relaciones etimológicas entre las diversas lenguas que se suponen genéticamente afines" (*ibidem*). Esa valoración no lo limita, en la medida en que pone en juego, inmediatamente y con sistemática solidez, los conocimientos que provienen de la geografía

lingüística, de la lingüística areal, de la etimología popular y aun de los ámbitos más abstractos que son los universales etimológicos y la etimología elemental. La etimología se convierte, así, en "un *prius* ordenador, una intuición general del devenir lingüístico que permite la definición de técnicas y disciplinas como la fonética, la morfología, la lexicología y la semántica histórico-descriptivas y que, sólo después, [...] se resuelve en la lingüística evolutiva" (p. 69). Por eso la etimología es descripción de un proceso evolutivo "y no sólo, por consiguiente, una aplicación parcial o la ciencia de los *pointillistes* de la lingüística (Malkiel), sino un enfoque interpretativo general" (p. 72).

Ello no obsta para que reconozca la dificultad intrínseca del quehacer etimológico, que no consiste solamente en una buena organización de conceptos teóricos, sino también, y de manera crucial, en la acumulación de datos generalmente fragmentarios y en la propia capacidad de interpretación del etimólogo. Es decir, que la etimología, como varias otras disciplinas lingüísticas, tiene su fase científica ineludiblemente entrelazada con su fase artesanal o aun artística.

Zamboni da a la etimología popular su indudable importancia pues, como bien observa, ella misma es un hecho lingüístico, cuyo papel en la historia de las lenguas y de la lingüística ha sido muchas veces determinante. El capítulo delicado a ella ofrece una sugerente colección de ejemplos "falsos", por supuesto, pero que ilustran muy bien su importancia. Es de lamentarse que, precisamente por tratarse, en sus ejemplos, de étimos "falsos" no los haya incluido en el índice final de étimos, con lo que su utilidad indudable se ve mermada.

Muchas más reflexiones surgen en uno tras la lectura de este libro, que en muchos trechos absorbe la atención como si se tratara de una novela de suspenso. Tocaré a los etimólogos mismos evaluarlo en el contexto de sus discusiones actuales. Para un lingüista, o en general para todo interesado en las lenguas, es una obra que merece toda recomendación.

LUIS FERNANDO LARA

El Colegio de México.